

A UN MES DEL TERREMOTO

El “eterno” marzo de la familia Bello Garrido: Lo perdieron todo y hoy se levantan “lento... pero inseguro”

María vio pasar a una mujer usando un chaleco que era suyo.

Iba bajando del cerro, desde la carpa en la que ahora duerme hacia el terreno en donde tenía su casa, cuando se cruzó con otra pobladora de Dichato: “Llevaba puesta una chomba mía, que yo había perdido el día del maremoto junto a todas mis pertenencias... seguramente se la encontró entre los escombros”, cuenta.

Interrumpida por un ahogado llanto, sentada al sol, María Garrido (36) hace memoria: “Apenas habían pasado dos días desde el desastre y verla a ella, vestida con mi ropa, fue como un bofetada. Ese momento me quedará grabado para siempre. Me marcó. Me sentí miserable... quizás ella se encontró la prenda y la usa sin mala intención. A lo mejor yo habría hecho lo mismo. **Pero esa imagen fue macabra: me di cuenta de que mi vida se había ido a la mierda, que mi pasado estaba desparramado por el pueblo, perdido, mojado, destruido. Me quise morir”.**

Pero hoy, cuando ya han pasado casi 30 días desde aquel macabro 27 de febrero, María siente que, al menos, ya recuperó lo más valioso que se llevó el mar: la esperanza, la fe en que le será posible salir adelante.

Con la idea de ponerle rostro a la forma (y velocidad) en la que el país se levanta, “La Segunda” pasó un día con la familia de María. Junto a su marido Orlando y sus hijos Giovanni (9) y Camila (7), esta jefa de hogar repasó detalladamente lo que han sido estos “eternos” días post-terremoto y la ayuda “por goteo” que le permite subsistir durante el marzo “más negro” de su vida.

El ajustado presupuesto familiar y los \$3 millones en la cartera...

María se casó con Orlando en 2004... él es 30 años mayor que ella. El había enviudado y, tras siete primaveras de pololeo, decidieron formalizar la relación y vivir juntos en la casa que tenía en calle Jorge Montt 508, junto al almacén de provisiones que administraba.

De la casa azul de 270 metros cuadrados que tenían no quedó nada, “ni un solo fierro parado”, dicen. Y del local, lo mismo: “No rescatamos ni siquiera un tarro de conservas”.



La familia vive hoy en una carpa que les repartió la municipalidad: la armaron ellos con palos, porque no les entregaron la bolsa con los fierros.

De una casa de 270 metros cuadrados pasaron a una carpa, donde incluso tienen que compartir hasta la escobilla de dientes.

Tenían un presupuesto familiar de \$300 mil, hoy sólo subsisten con \$7.000 semanales que reúnen con el lavado de ropa.

Así es el sufrido rearme de una familia de Dichato, a un mes del maremoto, a la espera de una mediagua antes de las lluvias.

Por Miguel Ortiz A.
Fotos: Fernando Herrera C.

Giovanni (9): “Si no es mucho pedir... que venga Zamorano, porfa”

Durante la visita al terreno en donde estaba su casa, Giovanni toma la palabra para hacer sus propias solicitudes. María lo reta por “pelusón” y pedir “puras cabezas de pescado”.

El niño cuenta que su sueño es conocer a Iván Zamorano: “Si no es mucho pedir, que venga el ‘BamBam’, porfa”.

—¿Y para qué quieres conocerlo?

—Yo organizo una pichanga con mis amigos y podemos cobrar entradas para juntar plata para las familias afectadas.

Claudia (7) no está de acuerdo: “Mejor que venga la Tonka (Tomicic). Es más bonita”. ■

Orlando padece diabetes y en 2005 fue operado del corazón, por un preinfarto que lo dejó internado varias semanas en el Hospital de Concepción. Desde entonces es María la que saca adelante a la familia. Ella es quien trabaja —mensualmente reunían unos \$250 mil—, quien iba a dejar a los niños al colegio... quien calculaba el presupuesto familiar (al que le sumaban la pensión de \$120 mil que recibe Orlando).

“Vivíamos al justo”, asegura la mujer, aunque reconoce que parte del dinero lo ahorraban para concretar el sueño de “ampliar y reforzar la casa”. Cinco días antes

del terremoto, de hecho, habían pactado un crédito por \$900 mil para esos menesteres, el que se descuenta por planilla a la jubilación de Orlando.

En su cartera —en la “mayor torpeza” de su vida— guardaba también \$3 millones en efectivo, como parte de un “ahorro paralelo” que conseguía con el arriendo de la casa durante cada verano.

Nada de eso queda ahora. Con un tonel plástico y dos escobillas, María montó una improvisada lavandería con la que reúne unos \$7.000 semanales: “Con eso compro detergente, shampoo, algo de pan y café en sobrecitos”. La pensión